

Maternidad y militancia ambiental en carne propia
Las mujeres de bouwer contra el vertedero de residuos

(Maternity and environmental militancy in self body
Women from bouwer against the landfill)

Nayla Inés Azzinnari

Licenciada en Ciencias de la Comunicación

Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

nay_azz@hotmail.com

Resumen

La particular concentración de actividades contaminantes radicadas en Bouwer (provincia de Córdoba) alarmó a sus habitantes, que en el año 2008 se alzaron contra la que consideraban la principal amenaza: el vertedero de residuos de la ciudad capital. Este artículo repone el primer año de protesta social haciendo foco en la mayoritaria presencia de mujeres para interrogarse por las motivaciones que las condujeron a integrar la organización vecinal y por el lugar de la maternidad como fundamento de sus intervenciones. Se analiza la participación pública como forma de defender la salud y la vida presente y futura de sus hijos/as, tanto como los usos estratégicos que las protagonistas de esta lucha hicieron de su condición de madres. Este proceso de acción colectiva que tuvo a las mujeres como a las principales portadoras de las reivindicaciones político-ambientales de la comunidad, las convirtió -en ese mismo transcurrir- en sujetos de significativas prácticas de agenciamiento individual, reflexividad y empoderamiento de género.

Palabras clave

Mujeres – Maternidad – Protesta social – Visibilidad pública - Contaminación ambiental

Abstract

The particular concentration of pollutant activities established in Bouwer (Cordoba province) alarmed its inhabitants, who in the year 2008 raised against what they considered that was the principal threat: the landfill of the capital city. This article rebuilds the first year of the social protest focusing in women's majority presence in order to question itself the motivations that drove them to integrate the local organization and the role of maternity as explanation of their interventions. Not only it is analyzed the public participation as a way of defending the health in addition to the present and future life of their children, but also the strategic uses that the protagonists of this struggle made out of their mothers' condition. This process of collective action that had women as the principal holders of the political-environmental community demands, turned them –as the process went along- into subjects of significant practices of individual agency, reflexivity and gender empowerment.

Key words

Women – Maternity – Social protest – Public visibility - Environmental pollution

Introducción

Cuando una da a luz a un hijo
siente que es capaz de hacer cualquier cosa.

[Notas de Campo, 2010]

Hablar de maternidad es apelar a una construcción social que opera ideológicamente sobre una base de posibilidad biológica, en donde, además, hay un modelo instituido de familia, de sexualidad y de crianza, entre otros aspectos centrales. Estas construcciones que fueron diseñadas e implementadas en nuestro país a partir de prácticas y discursos científicos (médicos especialmente) y políticos desde mediados de siglo XIX (Nari, 2004; Barrancos, 2007; Felitti, 2010), gozan todavía de vigencia en los imaginarios colectivos.

Siguiendo a Marcela Nari, la necesidad de poblar el "desierto" de una nación incipiente impulsó la creación de políticas de domesticación y maternalización de las mujeres, cuyos cuerpos y moral -intervenidos ambos a tales fines- fueron los medios de asegurar futuros ciudadanos y fuerza de trabajo. De esta manera, los atributos culturales de la maternidad se biologizaron al punto de igualarlos con su capacidad reproductora misma, que, así, no era para las mujeres una opción, sino la condición misma de su existencia.

Se construyó de esta forma la "familia moderna" como base de la sociedad, que no solo asignaba a la mujer la obligación de ser madre, con sus atributos de "amorosa", "higiénica", "dedicada", "resignada", sino que además reservaba el rol para los hombres en tanto proveedores. Mientras el varón se desempeñaba en el ámbito de lo público, las mujeres-madres estaban confinadas al espacio doméstico (visto desde algunas perspectivas como lugar político al fin, dado que cargaban ellas con la misión de criar ciudadanos para el territorio argentino). La intervención de las mujeres en el mercado laboral no solamente podía atentar contra el lugar que el hombre ocupaba allí, sino que con seguridad interfería con la que era su tarea "natural": cuidar y educar a los hijos en ámbito del hogar. Nari (2004:130) se refiere a la cuestión de esta manera:

El padre permaneció a las sombras como sujeto emocional y sentimental, para destacarse su mandato 'natural' de proveer el sustento material para los hijos y la madre. Entre madre y niño se pretendía reforzar o construir un vínculo sentimental, personal, profundamente cruzado por el amor y el sufrimiento. Entre padre e hijo, en cambio, la

relación era social y económica, atravesada por la autoridad y el respeto. Las mujeres eran madres por instinto. Los hombres [padres] por ley.

Durante las primeras décadas de la constitución del Estado argentino, la *maternalización* de la identidad femenina contó tanto con políticas públicas que propiciaran la "función natural" de la mujer como con impedimentos materiales funcionales a los ideales de la época, aumentando en todo caso la sanción social y la angustia individual de las mujeres, de quienes parecía depender la realización de los planes poblacionales y de "perfeccionamiento de la raza".

Privadas de derechos civiles y políticos, hacia la década de 1940 las feministas veían la ambivalencia de la maternidad: vinculada a la esclavitud de las mujeres en las condiciones materiales vigentes; pero potencialmente liberadora en tanto la procreación era una "función social y política" ante la necesidad del Estado -por el que éste debía reconocerlas y hasta recompensarlas- de más y "mejores" habitantes para el suelo argentino.

A mediados del siglo XX, estos roles tradicionales de la mujer domesticada fueron combinados con la apelación política que desde el peronismo se hizo a las mujeres. Esta aparente tensión se resolvió a través de la articulación de las tareas domésticas con trabajo asalariado realizado dentro de la casa (costura, por ejemplo). En el mejor de los casos, los empleos para las mujeres en el mercado laboral eran una especie de prolongación de sus labores domésticas y cuidados maternos (enfermeras, maestras, asistentes sociales), donde también de ellas se esperaba actitudes de altruismo y abnegación. El derecho al voto femenino, anunciado como logro de Eva Perón, no presentaba contradicciones con la división sexual del trabajo (Gené, 2005).

Si bien la maternidad es una experiencia biográfica de las mujeres, como se desprende de los párrafos anteriores, no menos cierto es que se trata de una construcción cultural, social y política de impactos perdurables en la vida personal y comunitaria (Tarducci, 2008; Cosse, 2010). Por tanto, saber que viven en un ambiente contaminado que puede provocar enfermedades a la salud y vida de los hijos puede ser para las mujeres de Bower (Córdoba, Argentina) un argumento de peso para tomar parte en las protestas contra la basura.

Son más de 2.000 personas las que viven en Bower, una localidad de 105 años ubicada diecisiete kilómetros al sur de la ciudad de Córdoba.

A principios del año 2008, cuando comenzó este trabajo, allí coexistían: un incinerador de residuos patógenos; una planta de almacenamiento de residuos peligrosos; un depósito judicial provincial con más de 20.000 vehículos semidestruidos; una ex planta de fundición de plomo con sus respectivas escorias desparramadas; una fosa para la descarga de residuos industriales líquidos; aplicación regular de plaguicidas sobre plantaciones particulares de soja lindantes al pueblo; y el predio de disposición final de los residuos sólidos urbanos de la ciudad de Córdoba, que recibió durante los últimos años 70.000 toneladas mensuales de basura.

Este agente contaminante era el más preocupante para vecinas y vecinos de la zona. Su gran tamaño, la velocidad del crecimiento en altura de la “montaña” de basura y el olor “nauseabundo” propio de la actividad pueden haber sido los causantes de su distinción. A tres kilómetros de Bouwer y en las inmediaciones de Potrero del Estado (un caserío incorporado al ejido comunal de Bouwer en el año 2009), funcionaba el vertedero de residuos que a lo largo de 28 años acumuló aproximadamente 12 millones de toneladas de basura procedente de la capital provincial y otros 17 pequeños municipios.

En Bouwer se mencionaba con frecuencia el padecimiento de enfermedades oncológicas, afecciones dérmicas y respiratorias, pérdidas espontáneas de embarazos, muerte fetal, nacimientos prematuros, así como incontables casos de mujeres que debieron someterse a la extirpación quirúrgica de órganos. Sin embargo, al no existir estudios ambientales y epidemiológicos (solicitados a los organismos gubernamentales competentes mas nunca realizados), no es posible aseverar que la prevalencia de enfermedades y muertes en Bouwer sea mayor que en otros sitios, ni que ésta tenga directa relación con la contaminación ambiental. Sí puede afirmarse, en cambio, que quienes viven en la zona temen estar habitando un lugar peligroso y respirando un aire insalubre.

Este artículo aborda el estudio del proceso de lucha vecinal que habitantes de Bouwer encararon contra el vertedero de residuos entre abril de 2008 y abril de 2009. Este recorte no es arbitrario sino que delimita un año completo de acciones: desde la primera manifestación en busca de la visibilización del problema hasta que se consiguió el compromiso estatal de solucionarlo en el plazo máximo de un año (momento en el que se efectivizó el cierre definitivo del que fuera el segundo enterramiento de residuos en actividad más grande de Argentina).

A través de la exploración crítica de la construcción de los escenarios de protesta y de los discursos de sus protagonistas, se describe y problematiza –desde un abordaje que articula el análisis comunicacional con una perspectiva atenta a las diferencias de género- un proceso de acción colectiva que tuvo a las mujeres como a las principales portadoras de las reivindicaciones político-ambientales de la comunidad y que las convirtió, en ese mismo transcurrir, en protagonistas de significativas prácticas de agenciamiento individual, reflexividad y empoderamiento de género.

Este artículo hace foco en la mayoritaria participación de mujeres en la organización vecinal, a la vez que se interroga por las motivaciones que las condujeron a formar parte de la acción colectiva y por el lugar de la maternidad como fundamento de sus intervenciones. Guían el análisis las historias de vida de Sandra, Melina y Martina: tres mujeres de Bouver ¹ que se constituyeron en principales referentes de la lucha durante este primer año de pelea. A sus relatos se suman otras voces de hombres y mujeres partícipes de la organización y percepciones propias facilitadas por el “haber estado ahí” ² durante el período abordado.

La génesis de la protesta

Entendiendo que la particular concentración de fuentes contaminantes en las cercanías de sus viviendas acarriaba consecuencias perniciosas para la salud, habitantes de Bouver, junto a sus autoridades comunales y colaboradores externos, iniciaron un proceso de acción colectiva con el objetivo de combatir la contaminación de su entorno.

La primera manifestación pública contra el vertedero de residuos de la ciudad capital sucedió en abril de 2008 en Córdoba, frente al Concejo Deliberante donde se debatía la prolongación de la vida útil del enterramiento. Los entonces ignotos pobladores de Bouver se trasladaron hasta allí para expresar su postura mediante una original y pacífica representación teatral. Un año después, a fines de marzo de 2009, una nueva manifestación vecinal cerró el ciclo de protestas y arrancó a los funcionarios municipales la promesa de clausurar definitivamente el vertedero de basura. En esta oportunidad el escenario fue otro: la ruta nacional que conduce al

¹ Los nombres reales de las y los testimoniantes fueron reemplazados por otros de fantasía. Aún a sabiendas que la participación en la lucha dota a sus identidades de una dimensión innegable de visibilidad pública, se exponen aquí enunciados privados relevados especialmente a los fines de esta investigación, por tanto se decidió invocarlos con nombres ficticios.

² Fue mi participación en la organización vecinal como facilitadora de los procesos de comunicación comunitaria lo que despertó mi posterior interés analítico.

predio de disposición final de los residuos, cuya circulación fue interrumpida para los camiones transportadores de desechos. La medida duró 24 horas. Toda la provincia siguió a través de las pantallas televisivas el desenlace de la protesta que se levantó recién cuando los funcionarios municipales llegaron hasta el lugar y se comprometieron a dar una solución al problema.

Estas dos, *performances* y cortes de ruta, fueron las modalidades de manifestación pública implementadas por las y los pobladores en su pelea contra la contaminación. Las primeras posibilitaron a los vecinos dar a conocer sus demandas -y presentarse como nuevo actor social y político- de un modo original, y por tanto, atractivo. Los cortes, en cambio, significaron la puesta en acción de una medida menos novedosa y más agresiva, encarnada por un ya reconocido actor social con sus reclamos todavía insatisfechos.

Mientras las primeras manifestaciones tenían como fin introducir un reclamo, presentar a los actores, plantear una disconformidad haciendo hincapié en el componente simbólico de la protesta, en la demostración pacífica; las siguientes priorizaban a la acción en sí misma y sus efectos materiales inmediatos: la obstaculización del paso para los camiones transportadores de residuos, la alteración de los cronogramas de recolección, la interrupción de la descarga de basura.

La transición de un tipo de medida a otro tuvo que ver con el aparentemente nulo acuse de recibo que las autoridades a quienes se dirigían las protestas hacían de ella. Pero además, a esta altura de la acción colectiva, los habitantes de Bouwer podían aprovecharse del reconocimiento ganado durante los meses previos, del repertorio de acciones pacíficas que habían encarado sin resultados en términos de satisfacción de su reclamo, pero con altísimo éxito en términos de reconocimiento social y adhesión a sus demandas. Eso les daba margen para animarse a protagonizar acciones más controvertidas.

Sostiene Javier Auyero (2002:16):

Las modalidades por las cuales la gente común formula sus reclamos parecen agruparse en un conjunto limitado y bastante bien definido de tipos de acción.

A este conjunto limitado y definido de acciones, el sociólogo estadounidense Charles Tilly (1986) le da el nombre de "repertorio de acción colectiva" cuya continuidad -y también sus

innovaciones- se comprenden en función de los relativos éxitos o fracasos de los actores que reclaman y de las relaciones que éstos establecen con el Estado.

La protesta inaugural de este proceso consistió en una caracterización con personas vestidas completamente de negro, que con los rostros maquillados de blanco representaban a los habitantes de Bouwer como "fantasmas que los gobiernos no ven". Cada uno de estos fantasmas sostenía un cartel que nombraba una institución de las tantas que integran la comuna: juzgado de paz, iglesia, dispensario, cooperativa, destacamento policial, comuna, registro civil, escuela. El reclamo de "los vecinos de Bouwer" era, de hecho, el de *las* vecinas de Bouwer. La generalización invisibilizó inicialmente la especificidad de género. De las dieciséis personas que integraron la escena, quince eran mujeres.

Tal como afirma Haydée Birgin (2003:106), la irrupción de diferentes organizaciones en el espacio público tiene como fin hacer oír sus reclamos:

Son los piqueteros que cortan rutas o los portadores de los cacerolazos que recuperan la voz en el espacio público. No se movilizan solo por hambre, sino para tomar la palabra, para hacerse representar como sujetos. Reclaman trabajo, pero, por sobre todo, procuran ser vistos, escuchados y respetados por las autoridades, por los políticos y, en el caso de las mujeres, también por los varones.

La ideóloga de la dramatización relatada y una de las principales referentes de la lucha vecinal durante el período analizado en este capítulo fue Sandra, una mujer que eligió Bouwer como lugar para vivir cuando fue asignada a la escuela de la localidad, donde es profesora.

La elección de su relato para este trabajo tiene relación con el papel que desempeñó durante la acción arriba descrita. Sandra fue una especie de organizadora y "maestra de ceremonia" de la puesta en escena frente al Concejo Deliberante.

Con la consigna irrenunciable de "no molestar", ella organizó la primera de las protestas. Su historia de vida seguramente aporte mucho a la comprensión de su participación en la acción colectiva, así como ésta y el rol protagónico que Sandra adquirió también cobra sentido desde su biografía.

“Lo que les dan es siempre lo que sobra”

Sandra accedió fácilmente a una entrevista con motivo de la presente investigación y propuso realizarla en su casa. Luego de un intercambio informal y de servir dos vasos de gaseosa, se sentó y lanzó: "no sé de qué querés que hablemos". La entrevista buscaba encontrar cuáles eran las motivaciones de las mujeres que viven en Bouwer para formar parte de la acción colectiva. En este caso, qué razones hacían que Sandra decidiera integrar la pelea. Y contestó:

Yo eso me lo pregunto siempre. Creo que tiene mucho que ver con el hecho de haber luchado sola después de haberme separado. Desde el año '89 que estoy separada de mi esposo y de haber luchado sola y de haberme mantenido, porque en esa fecha comienzo a trabajar. Porque antes era del clan de las mantenidas y bien mantenida porque económicamente vivía muy bien (...) Me vine con los cuatro chicos. Él se quedó allá. Y empezar la vida de nuevo y decir 'bueno, acá estoy plantada, tengo cuatro hijos, la cosa tiene que seguir en funcionamiento y hay que comer y hay que estudiar y hay que todo'. Y bueno, les di de estudiar a todos. Y agradecer siempre, yo lo digo con orgullo que nunca me mantuvo ningún hombre, nunca me vinieron a traer, nunca viví de un bolsón alimentario y nunca tuve a nadie que me dijera 'bueno, a cambio de tal favor...', nada. Siempre fue mi trabajo.

Yo siempre manifiesto que nunca tuve vocación de maestra, pero con el tiempo uno aprende a querer mucho su trabajo, a respetarlo y a hacerlo bien, sobre todo a hacerlo bien. Bueno, y ahí empecé con mi trabajo.

La primera vez que vine a trabajar aquí a la escuela primaria, dije yo me voy a quedar acá. Mi casa cuando me la dieron era esto nada más [señala dos ambientes]. Todo esto lo hice hacer yo [hace un gesto con las manos refiriendo a gran parte de la construcción]. Yo la quiero a la casa. Mis plantas, mis cosas, qué sé yo. Yo no vivo con lujos.

Por ahí les digo a los chicos 'ustedes no tienen que vivir de lo que les den, porque lo que les dan es siempre lo que sobra, no lo que ustedes quieren, lo que les gusta. ¿Por qué tienen que esperar que le den de comer un guiso de fideos cuando ustedes tienen ganas de comer un terrible helado así con crema?' Y por ahí es como que les entra un poco, pero llegan a la casa y se pudre todo. Porque en la casa están esperando el día del reparto del bolsón. Y el bolsón trae fideos. Y soja. Entonces el helado queda siempre postergado [Sandra, entrevista personal, diciembre de 2008].

Para fundamentar la importancia del esfuerzo y la ambición bien entendida, Sandra utiliza la comida como metáfora. “Hay que trabajar para obtener lo que se desea” es la idea que transmite a sus alumnos y pone en práctica. Aquello que puede venir sin esfuerzo conlleva acostumbramiento a la situación, a la repetición de los fideos en el bolsón asistencial, a la degradación ambiental que implica la soja y al escaso valor alimenticio de ambos elementos. Lo nutricional, en el relato de Sandra, excede las opciones de la dieta. Cuando afirma que a sus hijos “les dio de estudiar” –con énfasis en el verbo dar y no “posibilitar”, “facilitar” o hasta “mandar”–, refiere a la educación y formación personal como ricos y sustanciosos alimentos que se obtienen en la escuela, pero también en el hogar. Este último como lugar donde los valores “se maman”.

Como momento de quiebre en su biografía menciona la separación de su esposo, que implicó para ella mudarse de casa y de ciudad con sus cuatro hijos y comenzar a trabajar fuera del hogar. Lo que sigue a esa ruptura es narrado orgullosamente por ella. "Fue siempre mi trabajo" lo que le permitió alcanzar sus objetivos por sus propios medios. De la misma manera puede entenderse su participación en la acción vecinal, donde diseña, explica la protesta con tizas en el pizarrón y organiza vestimentas y maquillajes como si de un acto escolar se tratara.

Órganos prendidos con alfileres

Los modos en que se viven las protestas, explica el sociólogo Javier Auyero (2004:21), están profundamente modelados por las biografías. Teniendo en foco la participación femenina en los piquetes de mediados de los años ‘90, puntualiza que:

Sus experiencias del levantamiento están marcadas, en parte, por esquemas de acción, percepción y evaluación que, forjados en sus vidas en forma previa a los episodios de lucha, se actualizan en las calles.

Mientras convivía con su esposo, Sandra estudió para ser maestra. Recién cuando se distanció de él comenzó a ejercer esa profesión que le permitió sostener económicamente a sus hijos, "darles de estudiar", y realizar su hoy tan valorada independencia. Esta preparación personal que realizó aun cuando no preveía hacer uso de sus nuevos conocimientos (y ejercicio para lo que, reconocía, nunca había tenido vocación), le permitió enfrentar, tiempo después, su nueva condición familiar. Con esa misma actitud, la maestra protagonizó esta primera experiencia de acción colectiva. Junto a su vecina Melina, que también había participado de la

demostración frente a la legislatura municipal, reconstruyeron los preparativos de aquella aparición pública.

Sandra: Nos reunimos en la capilla una noche. Todos teníamos que llevar una idea. Fuimos, nos reunimos, nadie tenía ni idea. Y en los pizarrones que tienen las aulas para catecismo les digo 'bueno, miren, acá podemos poner bolsas, acá nos ponemos nosotros...'

Entrevistadora: En la reunión había hombres también...

S: Sí, hombres creo que habrá habido tres, cuatro. Pero no más que eso.

Entrevistadora: [En referencia a la teatralización] En algún momento alguien me había contado que estaba en los planes hacer sobre esas remeras negras los dibujos de los órganos.

S: Sí, los recortamos a todos y esa mañana en el apuro nos olvidamos de agarrarlos. Yo tenía láminas de la escuela. Los recortamos a todos esa noche. Y entonces al otro día dijimos 'bueno cuando lleguemos con las remeras negras, el pulóver o lo que nos pongamos, los vamos a prender con alfileres'

Entrevistadora: ¿Qué órganos eran?

S: Era aparato digestivo y aparato respiratorio, aparato circulatorio y toda la parte nerviosa. Unas láminas que yo tenía, entonces cortamos todo eso y quedaron bien.

M: Y después queríamos hacer una que llevara la panza como si fuera una futura mamá, ¿se acuerda?, [Entrevista personal, diciembre de 2008].

Con los recursos disponibles (las láminas para la escuela) la intención fue mostrar cómo era afectada la salud de estos órganos al convivir con la basura. Pero esos recursos no eran suficientes para mostrar todos los riesgos que sienten que corren: no había una lámina con un feto que probablemente no naciera al ser afectado él y su madre por la contaminación ambiental. Tampoco había dibujos de un sistema reproductor extirpado y ya incapaz de concebir niños.

¿Es la maternidad -deseada o realizada- la que impulsa la participación de estas mujeres contra la contaminación ambiental que amenaza al pueblo? ¿La defensa de los hijos es el motivo por el que "salen" a protestar? ¿Por qué no protestan los hombres de igual manera?

Las madres salen a pelear por sus hijos

Estas militantes ambientales tienen en común ser madres (a veces también abuelas), en muchos casos conforman una familia extendida con viviendas relativamente compartidas (matrimonio e hijos menores viviendo en una casa e hijo o hija mayor viviendo con su cónyuge e hijos en otra casa dentro del mismo terreno o a pocos metros de distancia). Tienen entre 25 y 65 años, en la mayoría de los casos sin participación política previa (y niegan que este sea el caso: "acá somos todos vecinos, no hay políticos" en clara referencia a su modo burocrático-partidario de entender la política). La mayoría de ellas trabaja dentro de la casa, aunque no consideran las tareas domésticas como un trabajo. Otras, además de amas de casa, son maestras, catequistas, enfermeras, se dedican a la confección de artesanías, el cuidado de niños o la atención de un comercio, siempre dentro del pueblo.

A partir de los testimonios de hombres y mujeres de la zona de Bouwer y de las relaciones que se construyen en esos relatos, la maternidad aparece frecuentemente aludida tanto explícita como implícitamente, así como asociada a otros vínculos que exceden "el binomio madre-niño" y que se constituyen asimismo como relaciones de poder.³

Entrevistadora: Me pareció que cuando empezaron a organizarse los vecinos para pelear contra la basura, la mayoría de quienes participaban, eran mujeres. No sé si a vos te pareció lo mismo.

Martina: Sí, sí, sí, porque los varones no...

Entrevistadora: ¿Por qué crees que es así?

M: No sé, para mí, tiran más los chicos. Los hombres no sé, no se meten. Una por el trabajo, otra, no sé, por los quilombos que se generan, será. No, no tengo idea. En realidad no tengo idea por qué no se meten, pero... muchos meten el trabajo de por medio.

Entrevistadora: ¿Lo meten como motivo real o como excusa?

M: Para mí, excusa. Es como que los hombres dicen 'bueno, para qué vamos a renegar al vicio...' Me parece a mí, por el comentario de un primo que tengo. 'Que qué me voy a meter yo, que esto, que aquello'. Como que siempre esperando que los demás lo hagan y yo me quedo sentadito a esperar a ver qué hacen. Él la mandaba a la señora y al chiquito, pero él no hacía nada por meterse.

Entrevistadora: ¿Pero él la mandaba a la señora o ella iba porque ella quería?

M: No, los primeros días sí la mandaba. Ya después entró ella con que iba sola porque nosotros le insistíamos 'y dale, vamos, prendete'. Y bueh, se empezó a prender sola.

³ No es posible realizar un abordaje de género sin tener en cuenta las relaciones que hacen de varones y mujeres identidades en construcción permanente. Si bien no corresponde al eje de este trabajo preguntarse por qué los hombres tienen menor participación, es necesario plantear este interrogante para evitar hablar de unos y otras como categorías estancas o desde los estereotipos construidos en torno a ellos y ellas.

Ya después sonamos porque al marido no le gustó y medio que 'no, quedate afuera porque veo los quilombos, que por esto y aquello'.

Entrevistadora: ¿Y tuvo que dejar de ir?

M: Hasta el día de hoy no pisó más. (Martina, entrevista personal diciembre de 2008).

Martina coincide con el argumento de que la participación mayoritaria de mujeres en la militancia ambiental de Bouwer tiene relación con los/as hijos/as y con una supuesta mayor dedicación y prioridad que éstas le asignan en comparación con los padres. Al hacerlo, afirma la ausencia masculina, sus posibles causas y la presunta incidencia del varón por sobre la mujer en nombre de su seguridad y la de los hijos de ambos. Esta percepción de Martina también fue relatada por Sandra:

El hombre en la calle no participa. El hombre no está. Sin ir más lejos, en los cortes de ruta que hemos hecho, ha sido mayor la cantidad de mujeres con sus niños que los hombres. Y el compromiso que tienen las mamás es limitado. Limitado porque siempre está el papá por detrás. O por delante, o al lado, no sé cómo pero el papá está aunque no se lo vea. El papá siempre está digitando. Entonces siempre las cosas van a ser así, limitadas. [Sandra, entrevista personal, diciembre de 2008].

En el diálogo con las vecinas, Melina aportó a la conversación con el relato de su propia experiencia.

Sandra: Somos las mujeres las que salimos a la calle pero siempre fiscalizadas desde adentro. Lógicamente que desde la casa tienen que haber tenido la aprobación para que fueran ahí. Sino no hubieran ido.

Melina: Yo sí, si es algo pacífico sí. Yo lo consulto con mi marido y sí me deja ir. Pero ya cuando se armó el lío en el último corte yo le conté todo lo que había pasado y me dijo 'no vas más', porque se está poniendo la cosa bastante jodida. Pero sino, nunca tuve problemas. Si tenía que llevar a los chicos, él me decía que sí.

Entrevistadora: ¿Y él por qué no va?

M: Porque la mayoría cuando trabajaba, si salía en los medios... Cuando empezó el tema este de la basura, él estaba trabajando. Entonces un día no sé qué es lo que pasó por la tele y le dicen 'ah mirá, este es de Bouwer'. Ya lo conocían, él hacía poquito que estaba trabajando. 'Sí -dice- yo soy de Bouwer'. 'Bueno, bueno, no se le acerquen porque éste viene contaminado'. Y ahí empezó como que lo hablaban, todo, pero un poco como que de

lado. Entonces él me decía, ponele que fuéramos... En el corte del DDT⁴ él siempre nos acompañó. En los cortes esos de acá no era [que no iba] porque no quería sino justamente porque le rotaban el turno y había veces que él tenía que trabajar. Y por ahí salís en los medios y después en el trabajo te hacen problema y perder un trabajo hoy en día... [Melina, entrevista personal, diciembre de 2008]

Se desprende de este testimonio que los roles y espacios ocupados por cada uno de los integrantes de la pareja se estructuran desde y a partir de una matriz patriarcal que parece mantenerse intocada en la voz de las propias mujeres, al menos desde la enunciación. De hecho, el discurso de Melina construye un marido que "permite" o que "prohíbe", en vez de uno que "está (o no) de acuerdo"; un hombre que "acompaña" un corte de ruta, pero no que siente la lucha como propia; un trabajador que en nombre de tener que ganar el sustento familiar (y preservar su pertenencia al sitio en el que el sustento se obtiene), no puede tener más visibilidad pública que en el mercado de trabajo.

Del diálogo con las vecinas también se advierte que el dominio masculino parece extenderse incluso al territorio de los cuerpos de las esposas e hijos/as, cuyas ubicaciones en tiempo y espacio son decididas por los hombres, los mismos que "fiscalizan" el cumplimiento de tales designaciones. Las mujeres, por su parte, parecen *incorporar* esta situación generando - dentro de la "limitación" enunciada por Sandra- las condiciones necesarias para conseguir hacer lo que pretenden, por ejemplo, procurar el desarrollo pacífico de las medidas de protesta de manera de no facilitar que los varones cercenen a las mujeres la posibilidad de participar en ellas.

"Yo quiero la salud de mis hijos, la mía y la de mi marido"

En la casa de Sandra se hizo la hora de la cena. La vecina Melina estaba allí cuando llegaron los hijos de ella y su marido, Roberto. Los tres adultos comentaron que suelen cenar juntos. Mientras Melina conversaba, Sandra fue a preparar la comida. Roberto se sentó también a la mesa del jardín. Sandra lo llamaba desde adentro de la casa, aparentemente no porque lo necesitara a él allí adentro, sino para evitar que estuviera afuera y así facilitar la entrevista con

⁴ En el año 2005 hubo una manifestación en Bouwer (que podría considerarse antecedente de la protesta aquí analizada) cuando desde la Municipalidad de Córdoba se enviaron al vertedero localizado en Bouwer 12 toneladas de residuos peligrosos anteriormente almacenados de forma clandestina en un depósito de la ciudad.

Melina. Desde la mesa del jardín, Roberto se excusaba con Sandra respondiendo "¿Qué quiere? ¡Estoy ocupado!" o "¡No puedo, estoy conversando!". Como Roberto no se retiró, fue también incluido en la entrevista.

Entrevistadora: ¿Y usted qué me cuenta?

Roberto: No, no, no me meto yo...

Entrevistadora: ¿Por qué no?

R: No me gusta participar.

Entrevistadora: ¿Y por qué no le gusta participar?

R: No, mmm, no me int... Me interesa, sí. Pero no vale la pena por la gente de acá, por todos estos vagos. Y ya estoy cansado de decirle a ella, no te metas, no te metas.

Melina: ¡Pero yo tengo ganas!

Melina, al igual que Sandra, vive en el barrio IPV con su marido y los dos hijos varones de ambos. Al momento de la conversación que aquí se refiere hacía siete años que había llegado a Bouwer "muy enojada" porque no le gustaba el lugar, pero era lo que podían pagar. Lo que más le molesta del barrio es "el chusmerío de todo pueblo chico":

Me molesta que todos están pendientes de todo, a dónde vas, de dónde venís, como si te estuvieran curioseando. Y eso me molesta, por eso me encierro. Para que nadie sepa nada. Yo me encierro y me pongo a tejer. [Melina, diciembre de 2008].

Algo parece haber cambiado desde su llegada:

Yo me vine enojada y seguí enojada, enojada, enojada, enojada porque no me gusta y no me gusta y no me gusta. Después que me hice amiga con ella [en referencia a Sandra], que empezamos con esto de la [protesta contra la] basura y es como que te da ganas de algo. [Melina, diciembre de 2008].

Al consultarle por qué forma parte de la protesta, contestó:

Yo no quiero nada a cambio. Si hay gente que va por interés, no me importa. Yo quiero la salud de mis hijos, la salud mía, la salud de mi marido y listo. Pero a cambio de algo, no. [Melina, diciembre de 2008].

En el mismo acto en que expresa por qué forma parte de un reclamo, Melina niega que pretenda algo. Sin dudas, ella refiere a intercambios materiales para dejar en claro que su acción de protesta no obedece a una práctica clientelar donde la participación pueda redundar en un subsidio o un bolsón de mercadería. Sin embargo, al sostener que protesta para preservar la salud de su familia, ¿puede afirmarse que es a cambio de nada? “Yo no quiero nada (...). Yo quiero la salud (...) y listo”. ¿Es poco? La motivación no utilitaria queda borrada de la escena al punto que pareciera no haber razones para actuar del modo en que se lo hace. Aunque explícitamente no pueda dar cuenta de ellas, Melina se desenvuelve movida por otras necesidades, las que tienen resarcimientos intangibles.

Melina fue una de las personas clave a la hora de sostener los cortes de ruta que hicieron en Potrero del Estado para impedir el ingreso de basura. Cuando habían pasado varias horas de estar sobre el asfalto y los termos con agua caliente, al igual que la euforia de los primeros instantes, se habían consumido, Melina desplegó una personalidad asombrosamente alentadora para el éxito de la medida y desconocida para muchos de los presentes. Frases como "cuando vuelvas [a la casa] no te van a dejar entrar" o "si te viera tu marido" le eran repetidamente dirigidas a Melina en los momentos más divertidos de la noche (justamente aquellos en los que ella tuvo mayor protagonismo) aludiendo a una forma de ser tal vez desconocida por su esposo (o que conociéndola, no le gustaría que fuera públicamente exhibida).

Ya no había tema de conversación, hacía frío y quedaban pocas maderas para mantener el fuego encendido sobre la ruta, estaba oscuro e iban quedando menos manifestantes. Melina se ingenió para mantener despabiladas a las vecinas organizando un desfile de modas donde relataba la ropa que llevaba puesta cada una de las mujeres, al tiempo que éstas caminaban a lo ancho de la calle como si se tratara de una pasarela. Una vez que todas desfilaron, Melina organizó una carrera de carretillas. El punto de partida era uno de los pasacalles que presentaba a los automovilistas el lema del reclamo. Dos mujeres caminaban con las manos mientras que otras dos, atrás de cada una de las primeras, las sujetaban de las piernas mientras corrían hacia delante.

En esta actitud y exponiéndose a que se hable de ella (lo que más le molesta de la vida en la comuna, según relató), Melina cumplía un rol fundamental en la protesta de la que formaba parte por la salud propia, de sus hijos y de su marido. Su participación beneficiaba sin duda a todos/as los/as que estaban en ese corte de ruta y también a los que nunca habían participado de

uno, aunque ella, individualmente, lo hiciera por su familia. Roberto, en cambio, no formaba parte de estos reclamos por considerar "que la gente del pueblo no vale la pena".

Afirmar, entonces, que "las madres salen en defensa de sus hijos" implica asumir que esa pelea se libra en un espacio público (el Concejo Deliberante, la ruta o la reunión en el salón comunal) seguramente distinto al que es su ámbito cotidiano de socialización, principalmente ligado a la vida familiar. Las mujeres salen en tanto son madres, pero tal vez no como forma extrema de manifestar su aguerrida defensa de los hijos, sino porque el modo en que algunas de ellas experimentaron la maternidad implicó una vida confinada a los límites de lo doméstico. En este sentido, una organización vecinal no es solo el modo desde el cual se encara la lucha contra la contaminación, sino el colectivo que permite a muchos y muchas encontrar un lugar de pertenencia social y visibilidad pública desconocida hasta el momento.

“Me molesta tener que tragarme la basura de todo Córdoba”

La casa de Martina está localizada sobre la Ruta 36, a mil metros de la montaña de basura y el incinerador, a dos kilómetros de la planta de almacenamiento de residuos peligrosos y a un kilómetro del depósito judicial de vehículos. Junto a su papá y a su hermano mayor trabaja en la misma vivienda en un negocio familiar de compra, venta y reciclaje de envases plásticos. Martina asegura que en la actualidad sólo se dedica a la casa y al hijo, aunque luego, cuando es consultada al respecto, afirma que recibe un sueldo por las tareas que desarrolla en la atención del negocio, al que no percibe como un empleo.

Cuenta que su marido no se opone a su participación vecinal en contra de la basura, pero que tampoco está involucrado en el tema como a ella “le *hubiese* gustado”.

Entrevistadora: ¿Te gustaría que él también se interesara en esto, no solo que tenga la actitud que tiene ahora, que es la de no interferir, según contás, sino que participara activamente?

Martina: Sí, me hubiera gustado. Me hubiese gustado porque la casa no es solamente mía, el chico no es solamente mío. Me hubiese gustado que tenga más participación porque nos afecta a los dos por igual. Así que sí me hubiese gustado que tuviera más participación.

Entrevistadora: ¿Y vos por qué participás?

M: Porque me molesta tener que tragarme la basura de todo Córdoba y no me parece justo. Nosotros estamos siempre tapados de moscas. Yo criaba los conejitos y los agarraban

y se los comían los ratones. Y bueno, eso me entró a dar bronca. Después ya nació la yegua, que nació como nació [con malformaciones en las patas y ciega, más tarde también desarrolló convulsiones]. Y consultamos con un veterinario y otro y nadie tenía explicación. Todo eso molesta. Vos ves que los bichos nacen así, cada vez más defectuosos y decimos ‘por qué todo nosotros’. La verdad es que no nos explicamos. Yo no sé si son cosas que pasan o hay algo.

Entrevistadora: Si tuvieras que decir qué es lo que más te motiva, además de la sensación de injusticia que me estás describiendo, ¿sería el tema de los animales?

M: Los animales. Sí, porque ya veo que cada vez es peor. Yo decía bueno, pudo haber sido casualidad la yegua, el chanco [con malformaciones en las patas y muerto a poco de nacer], el perro [nació con labio leporino y paladar hendido y sin testículos, murió a los cinco meses sin que se advirtiera la causa], que es el que más me dolió en el alma que se me fuera, que hasta el día de hoy te juro no aguanto [se pone a llorar]. Y ahora que ya nació el gato así [con solo dos dedos en cada pata], ya no sé. Hay una señora embarazada y también pensaba en ella, que le puede llegar a pasar lo mismo, uno no sabe.

Entrevistadora: ¿A su bebé?

M: Ajá. Y ella es la que vive en frente de Taym.

Entrevistadora: ¿Y vos pensás que ustedes están en riesgo también?

M: El miedo mío es de contraer algún tipo de enfermedad, porque uno no sabe. Porque así como nacieron los bichitos estos, a nosotros nos pueden surgir enfermedades. Dos por tres él [su hijo] tiene granos, se llena de ronchas. Y los problemas respiratorios, que en pleno verano estamos, parece tipo alergia, tipo gripe parece que nos agarra. Molesta. Aparte de que son gastos, porque es mucho el gasto. Y te da bronca, más que todo por los chicos. Ves cómo sufren, que están con fiebre, con medicamentos. Mi hermana ya va a hacer dos años que toma medicamentos y no los puede dejar por el tipo de infección urinaria que le agarró y nunca se explicaron por qué. Lo mismo que el chiquito que tiene principio de asma. El miedo mío es por él [su hijo]. El miedo mío es que le pase algo a él. Él es muy chiquito, muy chiquito. Así que me da no sé qué. Si le llega a pasar algo, no sé. Por él y por mi hermana que son los chiquititos. Pero a mí me motivó más lo que me pasaba con los animalitos porque amo los animales. Amo muchísimo más que si... no sé... capaz que tengo diez chicos y me dicen ‘le voy a hacer tal cosa a tal perro’ y estoy cuidando los chicos, dejame también el perrito, que es una cosita inofensiva, no jode, no te hace nada, no le podés hacer un daño. No habla. Yo siento que es algo muy indefenso y que si lo puedo cuidar, lo voy a cuidar. Yo siento que nadie se preocupa por los bichos, que nadie se molesta, que nadie dice nada. Lo único que ruego es que no nazca ningún bicho más así. A mí me decían mucho ‘sacrificalos’. ‘No lo podés tener a ese perro así’, ‘no la podés tener a esa yegua así’. Y no sé, pero esa yegua ya tiene dos años y algo y venía tirando hasta que por desgracia ya

después le agarraron convulsiones. Y ya va a ser un año y algo que está con el medicamento. Y no parece pero son sesenta pesos cada quince días. Que tenés que tenerlos sí o sí porque sino sabés que la yegua se te va a morir. Hay una pastilla que tengo que darle todos los días cada doce horas y tengo que estar pendiente de eso, de que no se le salga. A las 8 de la mañana y a las 8 de la noche tengo que estar ahí sí o sí. Y nadie se anima a dársela porque le tenés que mandar la mano hasta la garganta para poder dársela, sino la escupe, ya está acobardada. Y eso y es ver cómo le agarran las convulsiones. Porque así esté medicada, lo mismo le agarran las convulsiones. Es horrible. [Martina, entrevista personal, diciembre de 2008].

Martina espera que no se repitan los casos de malformaciones y enfermedades en sus animales. Indagada puntualmente acerca de los hijos nacidos o por nacer como motivación, no la descarta -inclusive manifiesta temor por el embarazo de su vecina y asegura temer sobre todo por su hijo y su hermanita- aunque insiste en que son sus mascotas las que la llevan a integrar activamente la pelea y a permanecer en ella.

Mujeres políticas: la maternidad como discurso

El hecho de ser madres es para las mujeres de Bouwer una experiencia inseparable de sus prácticas, sean estas nuevas o antiguas. Eso no quiere decir que su participación en esta lucha se encare necesaria y exclusivamente desde esta condición. Si bien el cuidado de los hijos es un motivo de peso, son muchos los argumentos que se esgrimen -explícita, pero también tácitamente- a la hora de relatar la participación colectiva y las motivaciones individuales.

Ya desde su denominación, los/as habitantes de Bouwer y Potrero del Estado se identifican como "vecinos" contra la basura (o contra los nombres de las empresas que administran la basura en la región). En esta forma simple en la que se designa al territorialmente próximo, se apela a la comunidad, a las acciones colectivas, se tienden lazos de solidaridad civil. Se insertan en una categoría de pertenencia vinculada al ámbito local. Desde allí defienden los derechos propios y de los/as otros/as: derecho a la vida, a la (buena) calidad de vida, a la salud, al ambiente sano. Se reclama igualdad de derechos con respecto a otros habitantes.

La conciencia de tales derechos y la organización activa para reclamar por ellos comporta su conversión en sujetos políticos, que pese a negar la inscripción de sus acciones en el campo de "la política", operan como agentes de control ciudadano de los gobernantes.

Las mujeres de Bouwer, pese a ser madres (entre otros vínculos familiares y sociales desde los que pueden ser nombradas cada una de ellas), no se identifican públicamente como tales a la hora de protestar, como sí sucede con otros grupos prioritariamente femeninos que hacen de la maternidad una identidad y denominación pública vinculada a su causa.

Tal vez el ejemplo más pertinente para la búsqueda de continuidades y contrastes con respecto al grupo aquí analizado es el de las "Madres de Barrio Ituzaingó Anexo". Ituzaingó Anexo es un barrio de la capital cordobesa afectado por la aplicación de plaguicidas en cultivos cercanos, campos magnéticos provenientes del tendido de líneas de media tensión y contaminación natural por plomo, cromo y arsénico en suelo. Por su lucha contra la contaminación y en defensa de los derechos a la vida, la salud y el ambiente y por su localización geográfica (pocos kilómetros distante de Bouwer), el de Ituzaingó Anexo, su organización vecinal y su (auto)denominación es el caso más adecuado para comparar con el aquí estudiado. Mientras que las mujeres de barrio Ituzaingó Anexo son "madres" para su presentación pública con motivo de la lucha contra la contaminación, las de Bouwer son "vecinas" a los mismos fines, pese a que también son madres.

Al consultar con una de sus integrantes por qué se denominaban públicamente "Madres de Barrio Ituzaingó Anexo", ella asombrosamente contestó:

Si nos poníamos 'vecinas' nos arrogábamos una representatividad que no tenemos sobre el barrio, porque hay otros que no se sienten identificados con nuestra causa; en cambio, siendo 'madres' nadie nos puede decir nada, porque nosotras salimos a pelear por nuestros hijos. [Testimonio de una integrante de Madres de Barrio Ituzaingó Anexo, en Notas de Campo, agosto de 2009].

En desmedro de los lazos de solidaridad barrial, la maternidad posibilita en este caso una lucha fundada en las relaciones privadas, a la vez que otorga a estas mujeres una suerte de escudo protector: son "madres" y eso debería –retomando la explicación de Nari (2004) anteriormente desarrollada- garantizarles respeto.

La experiencia vivida de la maternidad, o el deseo de experimentarla, es un motivo manifiesto de la participación política de las mujeres de Bouwer, si bien no el principal desde su discurso público ni el único desde sus relatos particulares. No obstante, la maternidad adquiere

una nueva dimensión política cuando estratégicamente es utilizada como argumento en instancias decisivas de lucha.

A modo de ejemplo se recuperan seguidamente tres situaciones donde estas mujeres desplegaron el discurso de la maternidad: frente a una entrevista televisiva, en un encuentro con un funcionario municipal, y ante la presencia de una fiscal dispuesta a ordenar el desalojo de los/as vecinos/as manifestándose sobre la ruta.

El primero de los ejemplos corresponde a la grabación de un programa periodístico de la televisión cordobesa. El 29 de julio de 2008, la producción del programa televisivo ADN llegó hasta Bouwer para hacerse eco de las denuncias realizadas por las malformaciones de animales en la zona. Luego de filmar a las mascotas y de enumerar las fuentes contaminantes que existen en la región, el conductor del programa le preguntó a Martina qué cosas no podían hacer ella y su familia por vivir en semejantes condiciones. La respuesta:

Tener otro hijo. Con mi marido nos gustaría tener otro hijo pero estando en este lugar no se puede, para qué vamos a tener más. [Martina, 29 de julio de 2008].

El 23 de marzo de 2009 tuvo lugar otra situación que permite ejemplificar el discurso de la maternidad practicado por las mujeres de Bouwer. La vecina Irma consiguió una audiencia con el Secretario de Ambiente de la Municipalidad de Córdoba, Fernando Cámara. Durante el encuentro, la afectación a la salud producida por el vertedero fue un argumento recurrente señalado por las mujeres que asistieron.

¿Sabe cuántos niños prematuros murieron en un año? Ocho. Entonces no me venga con que según el estudio del viento el predio es apto porque el viento viene trayendo los olores a basura para el lado de nuestra casa y eso será apto para el negocio de la basura pero no lo es para nuestra salud (...) Yo soy profesora en Bouwer y veo que mis alumnos están mal y me dicen que es porque no soportan el dolor de cabeza y entonces los mando al dispensario. Me dicen que no aguantan las ganas de vomitar. Yo misma los acompaño al baño y le puedo asegurar que vomitan. [Sandra, 23 de marzo de 2009].

El tercer ejemplo de la utilización del argumento de la maternidad por parte de las manifestantes de Bouwer corresponde al relato que las vecinas le hicieron a la fiscal María de las Mercedes Ballestrini, la tarde del 30 de marzo de 2009, sobre la ruta 36. Habían transcurrido más

de 12 horas del triple corte de ruta que impedía a los camiones recolectores de basura descargar su contenido en el vertedero y la fiscal se disponía a hacer levantar la medida. A la representante de la Justicia las mujeres le contaron cómo era vivir en Bouwer, el sufrimiento que les causaba el constante olor a putrefacción, las enfermedades de los hijos y las propias. Exhibieron allí sus manchas, erupciones y cicatrices. Narraron las historias de abortos, extirpaciones de órganos y malformaciones. Detallaron los medicamentos que ingerían y los insectos con los que convivían. Le preguntaron a la fiscal, finalmente, si ella viviría con sus propios hijos en ese lugar. Al borde del llanto, la mujer se retiró del lugar sin ordenar el desalojo.

En los tres ejemplos que se presentaron anteriormente (la entrevista televisiva de Martina, la descripción sobre la descompostura de sus alumnos que Sandra hizo al funcionario, y la exhibición que las mujeres hicieron de sus marcas corporales frente a la fiscal) quedó en evidencia que la maternidad es un recurso al que las mujeres apelan para presentar su situación y su lucha. No lo planearon, no se pusieron de acuerdo, pero son muchas las que hacen uso de él. Eso no quiere decir que esgriman un argumento no verdadero, que utilicen a sus hijos, que engañen con sus declaraciones ni que presenten públicamente razones distintas de sus reales motivaciones. En la respuesta que Martina le dio al periodista de ADN no hubo un aprovechamiento de su condición de madre para obtener beneficios o ganar adhesiones que serían utilizadas con otros fines. Porque después de todo, velar por la salud de los animales es también una práctica maternalista. Si se entiende por “maternalismo” al complejo de actitudes y actividades tradicionalmente asociadas al rol materno, que asigna con exclusividad a la mujer-madre de familia la responsabilidad del cuidado y bienestar de los integrantes del grupo familiar (Anderson, 2002), entonces se verá que la atención de Martina en la seguridad de las mascotas es una práctica de maternalismo extendido. Así como el esfuerzo puesto por Sandra en aliviar el malestar de sus estudiantes.

Conclusiones

Este artículo centró su preocupación en el análisis de los modos en que la experiencia de la maternidad actuó (o no) como fuerza relevante de tracción que movilizó a las mujeres contra las amenazas ambientales de su pueblo, y las impulsó a participar políticamente en tanto forma de defender la vida presente y futura de sus hijos/as. Tangencialmente, se indagaron también las razones por las que los hombres parecen menos involucrados en la pelea. Los espacios público y privado, político y doméstico se entremezclan permanentemente en esta batalla, del mismo modo

que las identidades individuales y colectivas y las relaciones intergeneracionales están en continua construcción e interacción.

Las historias de vida, entrevistas en profundidad y conversaciones informales con estas mujeres mostraron que la maternidad era un motivo, aunque no el único, y que esa dimensión de la experiencia era inseparable de otras relaciones familiares y sociales. La maternidad, además, era un buen argumento público, cuando otras motivaciones individuales también intervinientes pudieran parecer de escaso valor político.

La preocupación por el bienestar y el cuidado de la vida en todas sus formas se visualizó rápidamente. Ellas defendían la salud de sus hijos, pero también la propia y la de sus maridos, sus hermanos, sus vecinos, sus mascotas y sus plantas.

Su participación en tanto madres es evidente desde la preocupación por organizar una protesta pacífica de modo de poder llevar allí a sus niños (y porque llevar al niño a veces es la condición para que ellas mismas puedan participar), hasta en el hecho de dividir comunitariamente los roles de modo que haya quienes se queden con los chicos durante la noche y los lleven al colegio a la mañana siguiente mientras se disponen a amanecerse en la ruta. Su condición de mamás es inextricable de su experiencia subjetiva y comunitaria. Pero junto al desempeño tradicional del rol de madres como eje aparentemente decisivo y decisorio de sus identidades, las mujeres desplegaron asimismo una diversidad de usos estratégicos de esta condición, a los fines de obtener umbrales variables de aceptación y legitimación de sus prácticas beligerantes.

No obstante, el sentimiento de pertenencia o la exposición pública que implica integrar estas actividades puede ser para estas mujeres una motivación más para la participación, además de un medio necesario para dar pelea.

La acción colectiva aquí analizada permitió a los/as pobladores de Bouwer presentar públicamente sus demandas contra la permanencia de las actividades contaminantes en la zona, a la vez que posibilitó a las mujeres participantes encarnar demandas específicas asociadas a su condición, relaciones y roles de género.

Interesa resaltar que es posible que las motivaciones actuales de estas mujeres, transformadas por sus propias luchas, no sean las mismas que las llevaron a aquella primera reunión vecinal en la que comenzaron a (re)construir colectivamente el sentido del sufrimiento ambiental que las aqueja desde hace años. Es posible, asimismo, que no haya motivaciones unívocas ni necesariamente traducibles a una racionalización homogénea y contundente. Sin embargo, de manera más o menos explícita, estas mujeres dieron cuenta de sus impulsos a la acción –incluido, aunque no sólo, el hecho de ser madres- que las llevaron a transformarse en militantes contra la basura.

Es significativo entonces el planteo de María Eugenia Guadamarra (2001), quien advierte que si bien suelen ser mujeres las protagonistas de los nuevos tipos de protestas sociales, es frecuente que no tomen parte en la contienda reconociéndose como tales ni sosteniendo demandas asociadas a su especificidad de género. En todo caso, la asunción de una actitud reflexiva respecto de la propia condición y el aprendizaje de herramientas que les permitan a las mujeres reconocer y resignificar sus relaciones, deseos, prácticas y discursos suelen alcanzarse en el transcurso y como resultado de su involucramiento político en pos de reclamos puntuales.

En Bouwer, la intervención activa de las vecinas habilitó en ellas la experimentación de diversos procesos de fortalecimiento y agenciamiento individual e intragénero, así como de reposicionamiento subjetivo en sus respectivos ámbitos cotidianos de desempeño.

Quienes participan de esta organización vecinal -y las mujeres aquí entrevistadas- decidieron salir a buscar lo que quieren y hacer lo que consideran que se necesita sea hecho para alcanzar sus objetivos. Por eso ésta no es una "crónica de la espera" (Auyero, 2008) sino de la acción, del poner el cuerpo, ya no por imposición externa y viendo el deterioro sufrido por los efectos del vivir ahí, sino voluntariamente y para que eso deje de ocurrir.

Sus propios cuerpos, receptáculos inconsultos de los contaminantes, son también los motores de la lucha; efecto y condición de una batalla desigual pero dignificante para las protagonistas del pueblo. Al pararse sobre la ruta para impedir el paso de los camiones cargados de basura, las mujeres de Bouwer no estaban simplemente apelando a la forma de protesta "corte de ruta" por considerarla relativamente exitosa y presuntamente útil para su lucha. Estaban haciendo por sus propios medios lo que hacía tiempo y en vano reclamaban a otros: que no entre más basura a Bouwer.

Su militancia contra el vertedero de basura es de esta forma, además, una lucha contra la sumisión. Hay en ellas un saber/creer que los reclamos no pueden basarse únicamente en quejas esperanzadas de que otros lleven adelante las acciones necesarias para producir un cambio. No esperan que todo venga de los otros, sino que van en su búsqueda y al hacerlo rechazan la contaminación ambiental, pero sobre todo, la dominación política y cierto androcentrismo que le viene adosado.

Mientras yo lo pueda hacer y el cuero me dé, bienvenido sea. Siento que si me quedo, que si me siento y me aplasto a mirar cómo los demás no hacen... ¡Alguien tiene que hacerlo! Ninguno lo quiere hacer, bueno, lo hago yo, [Martina, diciembre de 2008].

Bibliografía

ANDERSON, Jeanine, “Familias, maternalismo y justicia de género: Dilemas de la política social”, Programa Regional de Formación en Género y Políticas Públicas-PRIGEPP, Buenos Aires, 2002.

AUYERO, Javier, *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Libros del Rojas, Buenos Aires, 2002.

AUYERO, Javier, *Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2004.

AUYERO, Javier y Swinstun, Débora, *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2008.

BARRANCOS, Dora, *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

BIRGIN, Haydée, “La democracia de género. Del drama individual al discurso público” en Meentzen, Á. y Gomáriz, E., *Democracia de género, una propuesta inclusiva*, Ediciones Böll, El Salvador, 2003.

COSSE, Isabella, *Familia, pareja y sexualidad en Buenos Aires. Siglo XXI*, Buenos Aires, 2010.

FELITTI, Karina, *Regulación de la natalidad en la historia argentina reciente (1960-1987). Discursos y experiencias*, Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009.

GENÉ, Marcela, "Madres, enfermeras y votantes" en *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo (1946-1955)*, FCE, Buenos Aires, 2005.

GUADARRAMA, M. Eugenia, “Mujeres y Movimiento Popular Urbano”, en *Anuario de Hojas de Warmi* N° 12, Facultad de Humanidades, Universidad de Castilla-La Mancha, Albacete, 2001.

NARI, Marcela, *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2004.

TARDUCCI, Mónica, *Maternidades en el siglo XXI*. Espacio Editorial, Buenos Aires, 2008.

TILLY, Charles, *The Contentious French*, Harvard University Press, Cambridge, 1986.